CAPITULO XVII.

Vida del muy religioso y humilde P. Pedro Tomé, de la Compañía de Jesús.

Fué tan eficaz la vocación y llamamiento divino por medio del cual Dios Nuestro Señor trajo á la religión á este su siervo, y correspondió él con tanto fervor á ese divino llamamiento, que se pudo decir del P. Pedro Tomé, que desde el día que puso el pie en el Claustro de la Religión, fué perfecto religioso. El, siendo seglar, militaba y era soldado en la isla de la Tercera, con tiempo y ocasión que acertó á aportar á ella el muy fervoroso predicador P. Antonio de Torres, de nuestra Compañía, que ejercitando nuestros ministerios, predicaba á los soldados de aquel presidio, cogiendo en ellos con sus sermones abundantes frutos. Movióse entre otros nuestro soldado Pedro Tomé, á dar de mano á aquel ejercicio pareciéndole aseguraba poco su salvación por aquel camino. Embarcóse y vínose á Salamanca donde estudió por algunos años Gramática, Filosofía y Teología con notable ejemplo de virtud, de suerte que en aquella tan insigne Universidad era señalado por hombre de singular ejemplo. Y el fin que llevaba en aquellos estudios, era para emplearse después en ayudar al bien de las almas de los soldados, que como experimentado en la guerra conocía sus llagas, y como buen acuchillado, sabía las medicinas que les debía aplicar; y esto no solamente predicándoles y confesándoles cuando se hubiese ordenado, pero aun curándolos corporalmente y sirviéndoles cuando estuviesen enfermos. Porque aun siendo soldado, era muy humilde y muy menospreciador del mundo. Tan temprano como esto prevenía Dios con su divina gracia á este su siervo. Estando él con estos pensamientos, Nuestro Señor, que le quería para otros más gloriosos empleos, le tocó el corazón y le movió á entrar en la Compañía, pareciéndole que en ella hallaría la comodidad que él podía desear para salir mejor con los intentos que Dios le había inspirado. Tratólo con el P. José de Acosta que entonces era Rector de nuestro Colegio de Salamanca, y el Padre que ya le conocía y tenía grande estima de su virtud, aprobando su intento, le pareció que entre muchos otros que pretendían ser admitidos para pasar á Indias, fuese uno Pedro Tomé, y prefiriéndolo á los demás lo entregó al P. Pedro Díaz que había ido por Procurador general de nuestra Provincia de Nueva España á Roma, el cual le trajo consigo con otros compañeros que pasaban á la misma Provincia con intento de ser recibidos en ella. En llegando, entró y comenzó su noviciado el hermano Pedro con tanto fervor, que era raro el ejemplo de virtud con que procedía, y más parecía religioso ya muy hecho y antiguo, que novicio que comenzaba. Ejercitábase en los oficios bajos de humildad con gran gusto suyo y en obras de caridad, y en una rara y continua mortificación. Pero en dos cosas en particular resplandecía: una era la observancia grande del silencio, gustando poco de hablar con los hombres por parecerle (como es verdad) que todo aquello quitaba del trato interior con Nuestro Señor, que era lo que mucho le llamaba, y de aquí nacía la segunda, que era

el darse al ejercicio de la oración gastando muchos ratos y aun horas entre día y noche en ella, en la cual era muy favorecido y regalado de Nuestro Señor como lo mostraban las continuas lágrimas que derramaba con tanto fervor y emoción, que aunque él procuraba reprimirlas por no ser sentido, con todo, no todas veces le era posible; y así mezclaba con ellas tiernos y afectuosos suspiros, que le acaecía de noche despertar con ellos al compañero sin poderse reprimir. De este trato de Nuestro Señor y conocimiento que con él tenía de su Majestad, nacía su propio conocimiento con tanta luz, que aun los átomos de sus pensamientos y afectos descubría en sí, y todo lo que él hallaba de faltas ó descuido, lo sacaba y decía en las quietes ó refectorio con mucho sentimiento y lágrimas.

Antes de acabar su noviciado y habiendo aprovechado en él tanto, le enviaron los Superiores al Colegio de Pátzcuaro, donde con mucha humildad sirvió en el oficio de refitolero, habiendo hecho lo propio en la Casa Profesa de México. Y cumplido el tiempo de noviciado que mandan nuestras Constituciones, se ordenó de sacerdote, y habiendo proseguido algún tiempo en el dicho Colegio los ministerios con los Indios, fué señalado para el de la nueva cristiandad de la Sierra de Topia é ir á aquellas misiones adonde por algunos años sirvió mucho á Nuestro Señor en ayuda de aquellas almas, recién convertidas á la Fe. Donde fueron tales los ejemplos que dió de todas las virtudes religiosas, así á los Padres misioneros sus compañeros, como á los Españoles y soldados del presidio de aquella sierra, que lo miraban como á un hombre santo. Y de lo mucho que aquí trabajó, en tierra de asperísimos caminos y en tiempos trabajosos vino á perder la salud, y aunque estaba muy flaco y debilitado, nunca se le oía quejar, ni tratar de cosas que tocasen á su comodidad y regalo, porque su gusto era padecer trabajos por Cristo. Entre otros achaques le vino uno muy trabajoso y penoso, que fué el desabrochársele un hueso de los últimos del espinazo, lo cual le causaba gravísimos dolores y no podía bajarse sin tener en que afirmarse; ni aun inclinarse podía á besar el Ara cuando decía Misa, para decir *Dominus vobiscum*, si primero no se asía muy bien al altar; con esto fué necesario traerlo á México para que se curase, donde aunque se le hicieron algunos remedios, no le fueron de provecho. En este tiempo era tan valiente este siervo de Dios en sufrir dolores en silencio, que no se trataba como enfermo, antes trabajaba en nuestra Casa Profesa como si estuviera muy sano, acudiendo á cárceles, hospitales y á los demás enfermos que se ofrecían, y el tiempo que le sobraba estaba en el confesonario oyendo de penitencia á cuantos á él venían, ó en la Iglesia, ó en su aposento, ó en oración, que era el trato de que más gustaba su alma. Fuese poco á poco consumiendo sin poderse ya tener, ni levantar de una cama, con tanta debilitación y flaqueza, que aun la voz no podía echar de la boca, y todas sus palabras eran decir: «Dios lo quiere así, sea bendita su Majestad,» mostrándose sobre manera conforme con la voluntad divina. Apretóle de suerte la enfermedad, que hubo de recibir todos los Sacramentos con grande devoción y paz de su alma, y así se quedó sin muestra de sentimiento; muriendo al mundo y viviendo deveras á Dios para gozar de lo que acá tanto deseaba, que era la continua comunicación con la voluntad y Majestad divina. Fué hombre verdaderamente humilde, tratándose con grande desprecio y gus-

tando tratar con la gente más baja y más humilde; á ésta buscaba y con ésta trataba, y á estos confesaba con gran gusto. En su vestido y aposento fué pobre por extremo, hombre sin repugnancia en nada y verdadero obediente. Dejó muy edificada y consolada este varón á esta santa Provincia con su buena y santa vida, y muchos envidiosos de su santa muerte que fué año de 1608, Miércoles Santo en la noche, y así se hubo de enterrar el día siguiente. Y no faltó quien advirtiese que el haber muerto ese día el P. Pedro Tomé, debió de ser á petición suya, queriéndose mostrar humilde aun después de muerto, en morir en día que no se pudiese doblar campana por él, ni hacerse los oficios de difunto como se acostumbran, sino todo rezado y á la sorda, después de haberse encerrado el Santísimo Sacramento y cumplidos los oficios del Jueves Santo.

CAPITULO XVIII.

Vida y virtudes del muy fervoroso operario en ayuda de los prójimos, P. Gabriel de Logroño, de la Compañía de Jesús.

§ I

De su entrada en la Compañía y ministerios en que después de su noviciado se ocupó.

Singular beneficio de la Divina Bondad para el fervorosísimo espíritu del P. Gabriel Logroño, fué el llamarle Dios con muy particular Providencia á la sagrada Religión de la Compañía de Jesús. Y también fué para ella particular gracia, el traerle y darle un sujeto que la había de edificar tanto con los admirables ejemplos de sus religiosísimas virtudes y con el ejercicio de los ministerios que en ella se profesan, y por muy largos años este siervo de Dios ejercitó con incansable fervor. Porque aunque entró ya de alguna edad en la Religión, y en ella no hizo la profesión de cuatro votos que hacen los que tienen ese grado en la Compañía, sino se quedó en el de coadjutor espiritual de ella; pero en ese grado y estado resplandeció tanto en grados de heroicas y aventajadas virtudes, y en especial en la reina de ellas, el amor de Dios y de los prójimos (en que consiste la verdadera santidad), que para llegar á ella, con la gracia divina, no le hizo falta el grado de profeso de cuatro votos, como lo iremos viendo por el discurso de su vida.

Fué, pues, el P. Gabriel Logroño natural de Málaga é hijo de padres muy honrados y nobles, aunque él por su humildad no hacía caso de esta nobleza ni trataba de ella, y si se ofrecía ocasión forzosa era con mucha moderación, diciendo que la mayor nobleza que tenía era ser de la Compañía de Jesús y esa le bastaba, y aunque daba gracias á Nuestro Señor por haberle dado los padres que le había dado,

pero que de la misma manera se las diera y estaría contento si lo hubiera hecho hijo de padres pobres y humildes. Vino á la Nueva España en estado de seglar el año de 1567, encaminando Dios así las cosas y divirtiéndole de otros propósitos que había tomado, y disponiéndolo así la Divina Bondad para que después entrase en la Compañía. En el estado de seglar procedió siempre virtuosamente con buen nombre y estima de los que le trataban; acudía á confesar y comulgar á menudo, y fuera de esto se ejercitaba en obras de oración, lección de buenos libros, ayunos, disciplinas y cilicios, durmiendo en tablas, y aunque los que entraban en su aposento veían la cama bien compuesta, de noche tomaba una tabla y dormía en ella con una piedra por cabecera, y de este género hacía otras penitencias. Ocupado, pues, en estos ejercicios, se fué recogiendo y quitando de otras ocupaciones y oficios de justicia propios de la gente noble y de su calidad, deseando tomar estado de más dura y en que más sirviese á Nuestro Señor. Estorbábale el ejecutar esta determinación con eficacia, la vuelta de un deudo suyo que esperaba de España, cuyos negocios tenía él á su cargo, pareciéndole estar obligado á ley de hombre de bien, á no desamparar las cosas que tenía encomendadas, y así con muchas penitencias y oraciones pedía á Dios volviese con bien á su pariente, y para esto se levantaba de noche á oración, y en otras veces y ratos que gastaba delante de una imagen de Cristo Nuestro Señor y de su Santísima Madre pidiéndole esto, se le representó una vez vivamente que aquel caballero que esperaba y por quien rogaba, venía ya de España y tomaba puerto en Pánuco de la Nueva España, quedando en esto tan certificado, que á la mañana se vistió de fiesta en señal de lo que esperaba; cosa que los amigos notaron, y luego otro día le llegó aviso de su llegada al dicho puerto, con que se verificó lo que tan de cierto esperaba. Otra vez, estando en la misma oración y en los mismos deseos, se le representó muy al vivo que se hallaba en una Religión diferente de las que entonces había en México (porque en este tiempo aún no había venido la Compañía á la Nueva España), y que se veía en una casita pobre de la tal Religión, cual él nunca había visto, y como después notó, era como la que al principio tuvo en esta ciudad nuestro Colegio de México. Con esto quedó confuso y dudoso de lo que Dios quería hacer de él, pidiéndole le declarase su voluntad; porque aunque le convidaban de otras Religiones con el hábito, y para quedarse en el siglo en hábito clerical se le ofrecían buenas comodidades y ciertas esperanzas de algunos buenos puestos y prebendas, pero en nada hallaba quietud ni reposo, y así continuaba sus devociones y oraciones para acertar en su elección.

Había ya en este ínterin llegado la Compañía á México, y viendo á los Padres de ella, comenzó á sentir algunos deseos de seguirlos y entrar en su Religión, y para acertar mejor se salió de México al pueblo de Santa Fe, dos leguas de esta ciudad (donde vivió y murió el insigne varón Gregorio López), y allí con mucha devoción y gusto de su espíritu gastó todo el Adviento en lecciones espirituales, oración, ayunos y penitencias, pidiéndole á Dios le enderezase en lo que le convenía hacer. Alcanzó de su Majestad lo que deseaba, y se vino á resolver de entrar en la Compañía. Tratándolo con algunos Padres de ella y para alcanzar más presto lo que deseaba, se ordenó en breve de sacerdote, y el Obispo que le ordenaba procuró detenerle para aco-